

SONÁMBULO

ISSN: 2815-6587

REVISTA DE CUENTOS



EDICIÓN ESPECIAL
LEYENDAS URBANAS

Mónica Marchesky
Carlos Ma. Federici
Cristian Guevara Hincapié
Gustavo Zaballa
Alejandro Zapata Espinosa
Daniela Rostkier
Analía Romero
Francisco Araya Pizarro
Cari Sosa
José Naranjo
Enrique Ardito
Julián Delgado
Daniel Leuzzi
Betty Chiz
Julio Perera López
Carlos E. Saldívar

Diciembre 2025



SONÁMBULO



Publicación de cuentos en habla hispana
sin fines de lucro

BIMENSUAL

Edición especial Leyendas urbanas

Diciembre 2025- URUGUAY

Idea y realización: Mónica Marchesky
escritora y coordinadora de talleres literarios
y revistas asociadas a la ciencia ficción

Es una producción de **MMEditiones** - Uruguay 2025

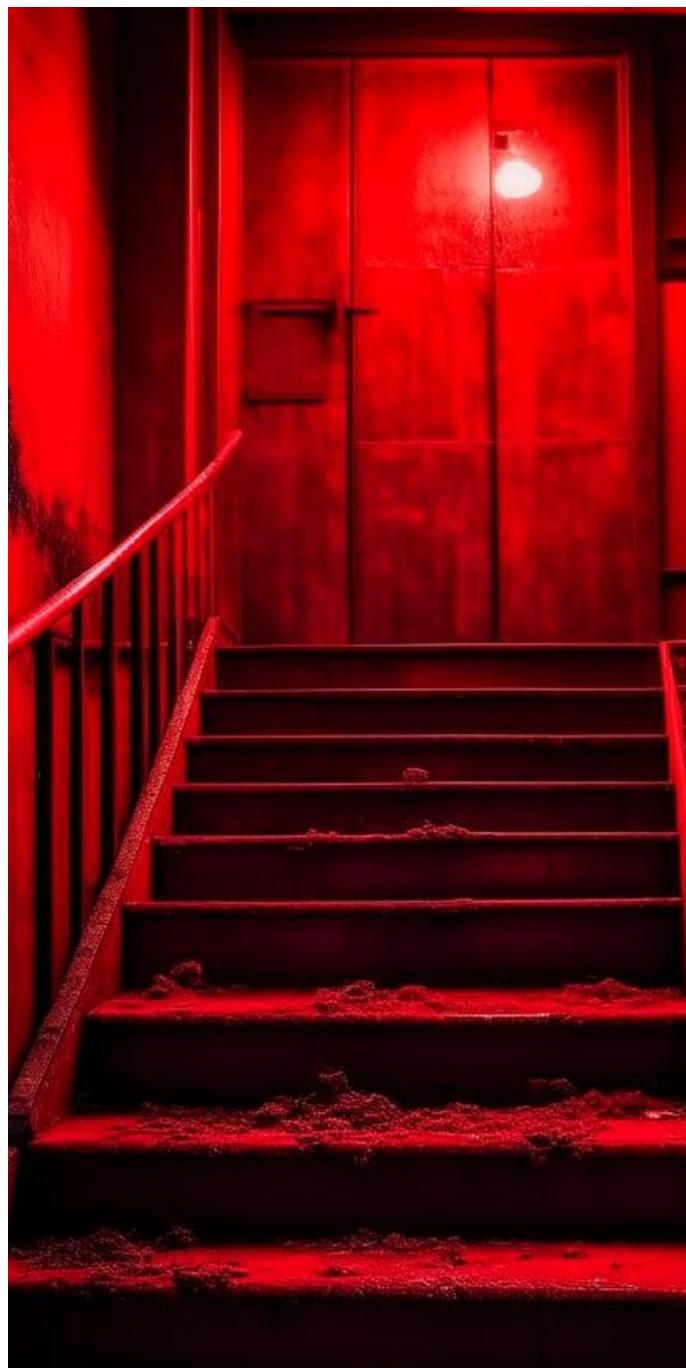
Las colaboraciones se envían con un breve Currículum Vitae adjunto a la
siguiente dirección:

uruguayos13@gmail.com



CONTENIDO

¡UFA MAMÁ!		5	DESAPARICIÓN	44
Mónica Marchesky			Julio Perera López	
POLICHINELA		7	LA CASAS DE LOS DESEOS	46
Carlos Ma. Federici			Carlos E. Saldívar	
EL RETUMBAR DE LAS CADENAS		11		
Cristian Guevara Hincapié				
DOPPELGÄNGER		14		
Gustavo Zaballa				
HORIZONTAL DE LA CRUZ		17		
Alejandro Zapata Espinosa				
LA HAMACA DE HIERRO		19		
Daniela Rostkier				
LEYENDA SERRANA		21		
Analía Romero				
LOS CARROÑEROS DEL CIELO		22		
Francisco Araya Pizarro				
SAMARA		26		
Cari Sosa				
LAMIA		29		
José Naranjo				
LA QUE LLEVA		31		
Enrique Ardito				
EL KRAMPUS		36		
Julián Delgado				
EL QUE SIEMPRE ESTUVO		39		
Daniel Leuzzi				
CUATRO VETERANAS EN BUSCA		42		
Betty Chiz				





¡Ufa mamá!

Mónica Marchesky

Cuando despertó, era alrededor de las seis y treinta de la mañana. La persona que dormía a su lado apenas se movió cuando ella se vistió, tomó su bolso y, sin hacer ruido, cerró la puerta al salir.

Bajó en el ascensor los ocho pisos que la separaban de la calle. Una calle que se le antojó deprimente. Un domingo silencioso, sin un alma deambulando, sin sol, nublado y con amenaza de tormenta.

El viento tocaba un concierto de hojas en los árboles. Empezó a tener miedo, del silencio, de la hora, de la soledad que la acompañaba. Se sobresaltó con el ruido de una lata al ser arrastrada por el viento. Apuró el paso. Tendría que rodear el muro del cementerio. Al llegar a la esquina, se sumó el sonido de una botella de plástico que rebotó sobre el pavimento. Miró para todos lados, nadie.

Al cruzar la calle, se encontró con una gata blanca preñada que apenas podía caminar. Se dijo que todo el ambiente era extraño: las nubes negras, el viento, el concierto de objetos y esa gata blanca, completamente blanca arrastrando una panza en silencio, sin mirarla. No le encontró ningún significado a la gata y siguió su camino. Sentía el corazón que le replicaba en la garganta.

Cuando llegó a la esquina, miró hacia atrás; había sorteado una cuadra, le faltaba otra, antes de llegar a la parada del autobús. La misma estaba pasando la puerta del cementerio, casi en la esquina de la otra cuadra; pensó que habría alguien, como para no sentirse tan sola.

Tomó coraje y un olor a orina la abrazó desde todos los rincones. Escupió con repugnancia y miró la parada; no se equivocó, algunos parroquianos se recostaban sobre el muro del cementerio, sosteniendo las almas. Zombies amanecidos, como ella, que bostezaban mirando la hora.

Recordó cuando había ido a Buenos Aires a visitar a su prima y casualmente la había acompañado a tomar el bus en la Chacarita. Eran las doce de la noche y había comenzado un cambio de turno, por lo que los buses nocturnos demorarían en pasar. Resolvió tomar un taxi, justo en la puerta del cementerio de la Chacarita a las doce de la noche; claramente ninguno se detuvo. Con gracia recordó el suceso, mientras se acercaba a la puerta de este cementerio.

Al llegar a ella, oyó voces. ¡Qué raro! —Se dijo—, un domingo a las siete de la mañana, ¿quién puede estar despierto? La puerta estaba semiabierta; la empujó y, en un impulso, entró.

Zigzagueó entre las tumbas; el viento arrancaba las flores secas de los jarrones, golpeaba las lápidas.

Un remolino atrapó sus cabellos, que se le enredaron en el cuello, pero aun así, pudo visualizar el panteón familiar.

Se dirigió hacia él, aquel, que quedaba a la derecha, el que tenía un arco de hierro, que siempre había detestado. Abrió la puerta que se quejó en un gemido sordo y apagado.

Se agachó al bajar los dos escalones que la condujeron hacia el interior.

Sintió la voz de su madre:

—¡No dormí en toda la noche, esperándote! ¿Dónde estabas?

—¡Ufa, mamá!

Cuento: “¡Ufa mamá!”

Mónica Marchesky

Nació en Salto, Uruguay, el 27 de Abril de 1959. Escritora de ciencia ficción y fantástico. Guionista. Animadora de talleres literarios. Co-fundadora del Grupo Fantástico de Montevideo. Publicó "Sota de Copas"-cuentos. "¿Has sido bueno y piadoso Francisco?" Novela de ciencia ficción.

Polichinela

C. M. Federici

Fue como una explosión de sol, un súbito iluminarse del aire y un opacarse de las cosas..., un contenido aliento cálido rebosando en un henchido pecho.

Siempre sucedía lo mismo con Sandra, ya fuese en el seno brillante de la sociedad o en las prosaicas vecindades de una calleja suburbana, como ahora. Era la suya una belleza apabullante, dolorosa en la agudez de sus perfecciones, agresiva y casi injusta. Demasiado suave y rosada la tez; excesivamente pura la línea de su perfil; tan celestes y luminosas las pupilas, que provocaban vértigo... Siempre causaba Sandra idéntica impresión, dentro de cualquier escenario.

La calle que atravesaba se veía abandonada y oscura en aquella noche invernal. Los pasos de la joven resonaban más y más estrepitosamente, a medida que el telón de fondo de los sonidos provenientes de la cercana avenida iba quedándose atrás.

Pronto se oyó únicamente el monocorde tactac de los altos tacones, algún soplo de aire helado, como un chistido de lechuza, y uno que otro lejano bufar de asmáticos motores. Sandra caminaba tranquila, sin apresuramientos. El temor a la oscuridad o a los peligros de la noche no era atributo de su carácter.

Pero, de súbito, como impulsada por un resorte, una sombra se materializó a su lado.

Sandra ahogó un grito de sobresalto.

—Señorita —la voz era apagada y suplicante—. Le ruego que me conceda un instante. Yo quisiera...

Bastó con eso. Aun sin la luz del farol bajo el cual se encontraban, lo habría reconocido. Siguió su camino, sin mirarlo siquiera.

Sintió expandirse una mancha de cólera dentro de sí, como tinta sobre un papel secante. Aquel sujeto poseía la cualidad de aparecerse como un duende, en la forma más inopinada, para prorrumpir en una sarta de tonterías insopportables. Ya había tenido que rechazarlo dos veces, y en ambas oportunidades él se había retirado con la cabeza gacha, exhibiendo un aire de profunda amargura. Un *absurdo* aire de profunda amargura... Pues era un ser grotesco.

—¿Usted otra vez? ¡Ya le dije que dejara de acecharme!

—Señorita —repetía él, con un temblor estrangulado en la voz, sin dejar de caminar junto a ella—, ¿me quiere escuchar, por favor?... Permítame expresarle mis sentimientos, y le juro que no la volveré a molestar.

—Haga el bien de retirarse —pidió Sandra con sequedad—. Ya le dije que estoy comprometida. ¡Retírese!

—Pero escuche lo que...

—¡No me interesa! Ya tengo novio... ¡Váyase!

—¿Es cierto?... —Sandra hallaba su insistencia sumamente irritante—. ¡Dígame si es verdad que tiene novio! ¡Júreme que no me engaña, y entonces me voy!

Ella se detuvo, encarándolo por primera vez, un fulgor colérico en los hermosos ojos.

—¡No tengo por qué jurarle nada a usted! Retírese, por favor..., ¡váyase!

Él vaciló; le aturullaba el contraste entre la cálida exuberancia de la rubia cabellera de Sandra, y el hielo de sus palabras. Pareció replegarse en sí mismo..., volverse hacia sus oscuras entrañas sumergiéndose en su propio esfíncter tenebroso.

Sentía Sandra que su primitivo disgusto se condensaba en ira, para helarse poco a poco en una sensación de inexplicable aborrecimiento... Miraba la faz terrosa de aquel ser, su espalda ligeramente encorvada, sus ojos húmedos y redondos, la *súplica* que supuraba su ser todo..., y la invadían deseos extraños y febriles; irresistibles tentaciones de reírse en sus propias barbas, reírse con risa cruel y erizada de cortantes aristas de desprecio; impulsos tan violentos como irracionales de lanzarse sobre él, araÑarle el rostro con sus uñas...

—Es usted cruel... —la voz surgió, entrecortada, del centro mismo de aquel rostro surcado por sombrías líneas de sufrimiento—. Usted... —y un nudo semisolozante le cortó la frase.

Volvióse Sandra, desdeñosa, flagelándose con el aureo vuelo de la flotante cabellera. Su irritado taconeo machacó las baldosas.

—¡Por favor!... —sonó a sus espaldas como un murmullo, que era a la vez clamor desesperado—. ¡No se vaya, señorita!... Escúcheme...

Ella volvió a enfrentarlo. Observó fríamente, con la minuciosidad de quien ve algo por vez primera, la expresión de ruego, la nariz puntiaguda, los ojos marcadamente esféricos..., un rostro caricaturesco, imposible.

—¡Déjeme en paz! —exigió, en un susurro altivo de sílabas mordidas—. No me importune más..., *¡polichinela!*

Pero él no se marchó. En forma tenaz, a la vez que humillada, la obligó a continuar oyéndole.

—Necesito de su belleza —barbotó— Tengo que verla, sentirla, respirarla..., para seguir viviendo. Yo...

Sandra rió brevemente.

—¡El cuento de siempre! —exclamó—. ¡Por favor!...

Intentó alejarse, pero el hombre le interceptó el paso.

—Quiere decir que no..., no me dará ninguna oportunidad... Usted solamente se ríe de mí... Quiere decir que... *no*.

—Exactamente —contestó ella—, Lo que le vengo diciendo desde el principio: *¡no!*

La palidez descendió sobre él como un líquido.

—No puede ser... —musitó, bien que se hablase a sí mismo, bien a alguna insensible deidad—. No puede ser, no...

Extendió entonces una mano hacia el brazo de Sandra..., un ademán que extinguió en embrión, ante la glacial mirada de ella. Inclinó él algo la cómica cabeza. Se hizo silencio.

La calle continuaba desierta, a excepción de los dos, y apenas algún distante ronquido de escapes turbaba la quietud. Un cierzo frígido les azotó de pronto, y Sandra se arrebujo en su suave tapado de nutria.

—Escuche... —rogó él, por centésima vez. Claramente se percibía el esfuerzo que le costaba controlar su acento, al borde mismo del llanto—. ¡Usted no puede hacerme eso!

Sandra elevó una mordaz ceja.

—¿No... puedo?

—Escuche — repitió él —. Soy un hombre que no tiene nada en el mundo..., ni horizontes, ni calor, ni sueños. Me estoy hundiendo en un abismo oscuro y terrible; y me hundo más y más a cada minuto... Solo usted podría sacarme de allí...; solo usted.

—¡No exagere! Habrá alguna otra.

—|No! —casi rugió él—. ¡Ninguna otra! ¡No hay ninguna como usted!

Calló unos instantes, apretando los dientes, como regustando algún llanto ya viejo, y luego añadió:

—Usted..., usted no puede negarse a salvarme... Usted es mi única oportunidad de vivir... ¡No me puede decir que no!...

Contemplando sus ojos de polluelo entre gallos, sus manos temblonas, su cuerpo todo, anhelante y estrambótico, Sandra sintió que la invadía una ola de calma, fría y despiadada. Le miró directamente al centro de los ojos globulares y habló con voz lenta y deliberada..., cada palabra un puñal de hielo; cada inflexión un grano de sal sobre las heridas.

—Oiga bien —dijo—. Tengo novio. Estoy comprometida. Lo que le pase a usted no me concierne. Ahora déjeme en paz de una buena vez, por favor.

El se tambaleó, cual si le hubiesen golpeado en plena frente con una roca.

—Usted... también... se niega...

Sandra habíase alejado ya; pero una especie de morbosa crueldad inconsciente la impulsó a volverse, deteniéndose, para observar la reacción de él.

—No hay ninguna esperanza, entonces... —continuaba su monótono soliloquio, como si gozara, él también, hiriéndose con la certeza de su repulsa, en una forma masoquística de tortura interior, o de autodestrucción—. Ya no me queda nada...

De pronto irguió la cabeza, y Sandra notó un fulgor de fiebre en los ojos.

—Solo una cosa me queda...; solo una cosa —murmuró con ronco acento, y su mano hurgó entre las ropas con alucinado frenesi.

Respingó Sandra levemente al aparecer el revólver.

Pero solo en el primer instante. El arma era tan adecuada a la persona de él como su nariz picuda y su grotesca actitud. Demasiado grande, demasiado negra como para impresionar a nadie seriamente. Hablaba de teatralidad, de incongruencia carnavalesca, igual que todo cuanto a él se refería.

“La historia de siempre”, pensó Sandra. “Si no me quieres, aquí mismo me pego tres tiros... . ¡Qué absurdo!”

Y en alta voz:

—Evíteme el melodrama, se lo ruego — pidió burlonamente.

Y entonces el mundo explotó. Los azulísimos ojos se dilataron, incrédulos, húmedos, negándose a admitir lo que había ocurrido... Una expresión de horrible agonía cubrió la cara de él, y su mano sudorosa se crispó sobre el arma.

Y aquel cuerpo cayó, desmadejado, como una marioneta con los hilos cortados..., como un polichinela con el muelle roto. Se desplomó sobre el pavimento de la calleja solitaria sin un solo quejido.

Alguien gritó, en alguna parte. Pronto hubo mil ojos fascinados, prendidos en el yacente cadáver, y en el hilo escarlata que corría por entre los surcos de las baldosas como un pequeño Aqueronte...

...Y detrás de una esquina cercana, amparado por las nocturnas sombras, el arma todavía apretada entre los dedos agarrotados, una expresión indefinible en el semblante —gesto intermedio del pasmo y la experiente ironía; rictus indeterminado de los labios, tierra de nadie entre la más diabólica alegría y el dolor más intenso—, *Polichinela* interrogaba al negro e inquisitivo ojo humeante del revólver:

—¿Por qué? Otra vez la misma expresión de estupor..., de no creer. Como las demás... ¿Por qué? No sé... No sé... A menos que... que ellas hayan creído... que yo iba a dirigir el revólver contra mi propio corazón... ¿Será posible? ¿Será posible que todas ellas hayan creído eso?...

Y *Polichinela* se desvaneció en la oscuridad, sumergiéndose en medio de la noche, como un muñeco burlón que retornase a su caja de sorpresas..., otra Leyenda Urbana reptando en las tinieblas de la gran ciudad.

Cuento: “**Polichinela**”

Carlos María Federici

Nació en Montevideo el 3 de diciembre de 1941. Escritor, guinista y dibujante. Se destaca en ciencia ficción, policial y terror. Se lo considera uno de los pioneros de la ciencia ficción y el relato policial en Uruguay. Ha publicado sus cuentos en varios formatos y ha sido traducido a diferentes idiomas.

El retumbar de las cadenas

Cristian Guevara Hincapié

No recordaba nada de lo antes sucedido.

Diego abrió los ojos; estaba acostado boca arriba y encontró un cielo gris perlado, pesado, detenido como una antigua fotografía en blanco y negro. Se incorporó con dificultad. Su espalda protestó como si hubiese dormido sobre piedras afiladas. Alrededor solo había estructuras de concreto y ladrillos destrozados, edificios desgastados por un paso de tiempo de difícil cálculo, algunos inclinados, otros con ventanas tapiadas desde adentro, dando la ignota sensación de abandono —o tal vez más ominoso: protección... ¿protección de qué?—, todos unidos por corredores estrechos que parecían multiplicarse.

No reconocía el lugar. No recordaba haber salido de su habitación. Ni siquiera recordaba haber cerrado los ojos.

—¿Hola...? —su voz rebotó en las paredes como si estuviera en el interior de un tambor enorme.

Ninguna respuesta, además de su propia voz.

Caminó. Paso a paso. Cada cruce lo llevaba a calles que se retorcían sobre sí mismas. Volvía a puntos que juraría no haber atravesado. El aire olía a agua estancada, a óxido, a algo más profundo, funesto, cadavérico, innombrable.

Empezó a temblar sin frío.

En un cruce particularmente estrecho, casi delgado como una cicatriz en el concreto, lo vio...

Era un graffiti gigantesco, imposible. No había otros grafitis en el lugar.

Diego se paralizó como una estatua de mármol.

Era un mural grotesco, hiperrealista. Una calavera gigantesca, con cuencas vacías iluminadas por un brillo rojo que pulsaba lentamente, como si mirara en realidad, como si estuviera viva. Y detrás del cráneo se extendía un lago espeso, rojo oxidado igual que la sangre, donde cientos de figuras humanas encadenadas se retorcían como si estuvieran vivas, atrapadas en pintura húmeda. Parecían arrastrar sus rostros hacia la superficie.

Alrededor, repitiéndose como un rezo demoníaco:

“Benditos aquellos que sufren porque sus almas están llenas de delicias...”.

Las letras parecían frescas. Brillaban.

—Mierda... —alcanzó a susurrar Diego, retrocediendo un paso.

Un sonido metálico rompió el silencio: grave, vibrante, como si alguien dejara caer una cadena demasiado pesada sobre el suelo.

Una segunda cadena tintineó, y luego otra, más cerca, arrastrándose como una serpiente metalizada.

Diego giró, acompañado.

Al fondo del callejón emergía una silueta negra. Un gabán oscuro que absorbía la luz, una capucha proyectando sombra absoluta sobre un rostro demasiado pálido... o demasiado óseo.

En cada mano, arrastrando hasta el suelo, dos cadenas largas terminadas en garfios afilados, ensangrentados, con eslabones gruesos como dedos.

—El asesino de las cadenas... —musitó Diego.

El mismo del que había escuchado rumores, leyendas urbanas.

Pero esto no era una leyenda.

Este lo estaba mirando.

Y Diego corrió. Corrió como nunca antes lo había hecho, incluso más rápido que aquella vez en que, siendo niño, fue perseguido varias cuadras por un perro rabioso.

Las calles se estiraban y encogían conforme avanzaba. Un corredor de cinco metros se convertía en veinte, luego en uno. Las esquinas cambiaban de lugar como si fueran piezas vivientes de un rompecabezas que se movía en un absoluto sin sentido.

Giraba a la derecha y aparecía en un callejón donde había estado antes. Volvía a la izquierda y chocaba con un muro que hacía un minuto era un pasaje.

—¡Déjame salir! —rugió desesperado.

Las cadenas sonaron más cerca. Golpearon paredes y suelos.

Diego vio la silueta y chispas. Después de un parpadeo... nada.

Algo chocó contra el suelo detrás de él: era un garfio. Luego otro.

Las paredes temblaron con una vibración gutural, como si la ciudad le respirara en la nuca.

Una cadena salió disparada desde una sombra y se enroscó en su muslo. Diego gritó. El dolor ardió como metal al rojo vivo. La cadena lo arrastró varios metros, desgarrándole la piel.

El asesino caminaba con calma antinatural, sin prisa en absoluto. Parecía disfrutarlo.

Diego golpeó la cadena con los puños y luego con un ladrillo que encontró arrojado. La cadena se soltó. Corrió rengueando, adentrándose en un pasaje donde las paredes estaban cubiertas del mismo graffiti aberrante, pero cada uno añadía algún detalle grotesco: diferentes siluetas moviéndose, rostros deformes... y entonces escuchó las voces de sufrimiento. Clamaban por ayuda, por algún resquicio que terminase con ese tormento eterno.

Pero en el centro del pasaje había otro mural. Más grande. Más reciente. Más... vivo.

Diego se detuvo por completo. Nuevamente. Su respiración se contuvo. Su ritmo cardíaco disminuyó.

Él estaba en el mural: corriendo por ese mismo pasaje, con la cadena atrapando su pierna. Y detrás, la figura encapuchada extendiendo las manos, como si estuviera a un segundo de tocarlo.

La pintura se movió. La calavera del mural giró los ojos escarlatas hacia él.

Diego observó la escena con anonadación malsana.

En el mural, la versión pintada de Diego gritó con un sonido ahogado. Intentó escapar de la pintura, pero unas cadenas surgieron desde el mural, atrapando sus extremidades. Jalándolo, fuertemente, inconteniblemente. La pintura lo absorbió de regreso. Su piel pintada se estiró como goma. Se escuchó el crujido de huesos, pero no era únicamente pintura: se sentía real, se sentía físico, se sentía doloroso.

Diego, el verdadero, retrocedió, con el corazón implosionando dentro del pecho.

—No... no, no, no...

Las cadenas sonaron justo detrás de él.

Al girar, vio los garfios elevarse como serpientes preparadas para morder.

La silueta oscura habló, con una voz grave y distorsionada, como si miles de voces agonizantes se unieran en coro:

—Sufrir... es bendito... es delicioso...

Los garfios descendieron, clavándose en los hombros de Diego...

La ciudad se tragó el grito.

Cuento: “El retumbar de las cadenas”

Cristian Guevara Hincapié

Psicólogo y escritor colombiano de 35 años. Ha participado en diversas antologías y revistas, tanto a nivel nacional como internacional, con relatos que exploran el terror, la ciencia ficción y el drama, fusionando lo cotidiano con lo inquietante para generar una experiencia literaria que invite a la reflexión y el desconcierto.

Doppelgänger

Gustavo Zaballa

Sus ojos se abrieron cuando se vio a sí misma reposando en su cama. Era la habitación que la había acompañado gran parte de su vida. No recordaba algún otro lugar que se sintiera tan suyo como aquellas cuatro paredes, llenas de pósteres de sus cantantes favoritos, aquellos rostros con sonrisas tan falsas, pero que amainaban su necesidad de tener a alguno de aquellos sujetos asiáticos, de rostros genéricos, a su lado.

El aire estaba quieto. Solo el tic-tac del reloj marcaba el paso del tiempo, implacable, sobre la madera vieja del piso.

De pronto, su gato saltó a la cama.

—Teo —dijo la joven—. Buenos días, pequeño bigotes amarillos.

Aquel pequeño felino ronroneaba, regocijándose con la presencia de la chica. Se acercó arqueando el lomo, rozando su cabeza contra ella. Ronroneaba como si el sonido fuera su modo de exorcizar lo invisible. Ella lo levantó, lo sostuvo unos segundos y lo dejó sobre la colcha.

Se desperezó, lentamente, arrastrando los brazos sobre las sábanas, como si su cuerpo pesara más que de costumbre. Bostezó, frotándose los ojos, y se quedó mirando un punto fijo frente a ella. Algo había cambiado. No sabía qué. Una sensación turbia, como si los muros hubieran respirado mientras dormía.

Desde el piso de abajo se escuchaban algunos ruidos extraños. Creía haber oído, la noche anterior, que su madre se iría temprano, pero no recordaba si todo ese diálogo lo había soñado o si realmente lo había dicho su madre.

No quiso pensar. Fue al baño y dejó que el agua helada la despertara. Miró su reflejo empañado en el espejo. Por un instante, juró que la figura del otro lado parpadeó un segundo más tarde que ella. Dio un paso atrás, pero enseguida lo descartó. Solo cansancio.

Minutos después volvió a escuchar algunos golpes más, pero esta vez acompañados del ruido del aceite, ardiente en fuego lento.

—¡Mamá! —vociferó—. Creí que no ibas a estar esta mañana.

Pero nada respondió...

No le dio más importancia que esa.

Terminó de vestirse, cuando de nuevo volvió a escuchar aquel golpeteo en el piso de abajo. Parecía venir de la cocina.

—¿Mamá? —dijo asomándose por la puerta de la habitación—. ¿Estás ahí?

Pero nada respondió. El silencio continuó luego, y la chica decidió bajar. Se asomó en la escalera esperando escuchar algo más.

—¿Mamá?

Una voz algo familiar respondió:

—El desayuno está listo. Baja a comer antes de que se enfrie.

De repente, una sombra se acercó al umbral de la puerta de abajo. Era su madre, pero con un semblante distinto, algo oscuro. Sus ojos brillaban de una forma más que diferente, como si aquella que la miraba fuera otra persona.

—Casi me matas de susto —dijo aliviada—. Ya voy.

Y se dispuso a bajar lo más rápido que pudo. Entró a la cocina y se sentó.

Sobre la mesa, un manjar de frutas, café, jugo de naranja, cereales, huevos revueltos y tocino. Todo estaba pronto para disfrutar un desayuno completo.

—Mamá, esta vez te pasaste con el desayuno.

—Solo come...—respondió.

Allí estaba su madre, o su silueta. De pie, de espaldas, con la misma bata gris de siempre, moviendo algo en la sartén. El cabello algo desordenado, la espalda rígida. Pero había algo extraño: la sombra proyectada sobre la pared no coincidía del todo con sus movimientos.

No esperó más y comenzó a disfrutar el desayuno que su madre le había preparado. No recordaba la última vez que lo había hecho así, pues sabía que su madre trabajaba temprano y casi siempre el único que la acompañaba era el gato amarillento.

De repente, el móvil que tenía a su lado comenzó a sonar. Dio vuelta el teléfono y observó que la llamada era de su madre. Aquella chica se estremeció al ver la pantalla, pues enfrente suyo estaba la misma, o quien creía que era su madre.

—Qué extraño —solo alcanzó a murmurar cuando se llevó el teléfono al oído.

—Hola —dijo.

—Hola, hija. Te dejé el desayuno en la mesa antes de irme. Recibí un llamado temprano y no pude despedirme, pues estabas durmiendo aún. Espero que lo disfrutes. Mamá te quiere mucho...

Aquellas palabras congelaron a la joven por completo. ¿Quién podría ser aquella mujer, entonces, si tenía a su madre en el teléfono?

Cuando levantó la mirada, aquella mujer que tenía enfrente había tomado una forma casi grotesca. Era su madre, pero distinta. Aterradora. Llevaba una sonrisa de mejilla a mejilla, con una maraña de dientes de tiburón. Su piel era más clara de lo normal, y sus ojos llevaban la profundidad del averno. Eran tan oscuros como el mismo abismo.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo la cosa—. ¿No te gustó lo que hice para vos?

Y aquella boca llena de dientes, lo devoró todo...

Cuento: “Doppelgänger”

Gustavo Zaballa

Nació en Rivera-Uruguay el 16 de diciembre de 1992. Autor de "El circo de las bestias" antología de terror Vol. I y "El gran dragón rojo" y otros relatos. Partíciipe en varias colecciones como coautor con los cuentos: "Larva" en Criaturas nocturnas. "La maldición de la casa Rodríguez" en Caos innombrable y "Umbral" en Historias de medianoche. Ganador del segundo concurso literario "Victoria Sabina Bisio" del Instituto de Formación Docente de Rivera, en la categoría de cuentos cortos, con "En la sombra del Averno".

Horizontal de la cruz

Alejandro Zapata Espinosa

Línea Cisneros, bajo el puente que comunica a los transeúntes sobre la carrera: tres estudiantes o en ese tiempo, dos con skates y uno a pata limpia. B se enoja y maldice a los carros, coge impulso, pensábamos verlo tenido del muro pero allá demoramos en correr para verlo tirado, esvástica de templo salpicándose.

Repite nuestros ojos la caída y el compañero vivo se lanza por las escaleras a recogerlo, ya tarde.

Tengo el bolso cogido de un hombro: voy por el bar del cumpleaños, anocchece, y de callejón-fiesta uno me coge el bolso, miro para enfrente y grito «¡Ey!» alguien que me ayude, los de la misma vuelta lo reducen a golpe y raspón. Corro a una tiendita de unidad, hago el de las neveras y pido una gaseosa con papa; me siento pegado a la mesa del parqué, me miran desde el calvo dueño hasta la hija con moto, y miro que todo esté ahí, el portátil, las hojas, los materiales.

Llamo a G, le digo que el compañero se tiró, ella no lo conoce pero me dice que está cerca. Sorbo, esculco de nuevo, miro la entrada y aparece, flaquíssima en vestido negro-café, un moño y la cajetilla con el encendedor en una mano.

—¡Se mató!

—¿Pero quién?

Entonces me doy cuenta que ella lo pudo haber conocido pero no en ese instante, y me da la impresión de haber sido un sueño:

—¡No, fue un sueño, un sueño!

—¿De quién?

Pregunta para desbaratar las cosas, el enredo, y me sube a su camión que sale de la residencia en los altos de la urbe. Vamos con uno de sus amigos, o con el que presenció la muerte, en todo caso voy de copiloto, la miro y me acuesto en sus piernas, ella se levanta, el manubrio resuelve, adelanto la boca para el imán pequeño y succiono, ella monta: vemos que no necesitaba tiempo sino agua y vientre remojado.

El compañero mira por la ventanilla la repetición de B, y la carretera se desvíe para un pueblo a horas de donde pensábamos velarlo.

Cuento: “Horizontal de la cruz”

Alejandro Zapata Espinosa

Nació (Itagüí, Colombia, 2002): licenciado en Literatura y Lengua Castellana (Tecnológico de Antioquia) y maestrando en Educación (Universidad Santiago de Cali). Miembro del Comité Editorial de Contacto Literario (Armenia, Colombia) y ganador del Premio Mundial de Literatura Aldo Samuel Cavero Galimidi (Federación Mundial de las Artes, la Literatura, la Paz y la Cultura, FEMALPC) (Perú, 2025).

Blog Archivo Cantera: archivocantera.blogspot.com

La hamaca de hierro

Daniela Rostkier

En un bar del pueblo, se encontraban varios amigos contando historias de fantasmas, o leyendas del campo, bebían entre risas cada uno su jarra de cerveza, cuando llegó el turno de Vicent se aclaró la garganta y les preguntó si conocían la trágica historia de los últimos habitantes de la vieja casona antes ubicada en las afueras del pueblo. Los tres se miraron y contestaron que no. Entonces Vincent se las relató;

—Todos afirmaban que aquella casa estaba maldita y que en la noche se escuchaban gritos y voces fantasmagóricas, para peor decían también que todo aquel que la habitaba, terminaba, loco, muerto o desaparecía sin dejar rastro. Sospecho que la familia Ruiz ignoraba la maldición, porque apenas la visitaron quedaron encantados, quizás ese fue su primer error, no pedir referencias a los vecinos, aunque los miembros eran más extraños que la casa misma: la mujer era delgada, vestía siempre colores oscuros y el dobladillo rozaba el suelo, llevaba un sombrero negro con un velillo de tul del mismo tono. El esposo era alto, con mucho vello facial, las manos cubiertas con guantes afelpados de color marrón, aunque lucía como un leñador no portaba un hacha, finalmente su hija, una niña de unos ocho años, usaba trajes oscuros, el pelo rubio corto estilo varón. La casona tenía además de ese encanto particular una hamaca de hierro, cada vez que la pequeña se balanceaba se podía escuchar el quejido a varios kilómetros. La familia realizaba los mandados después del atardecer. Serios y callados, no miraban a nadie ni conversaban.

Tal vez ese fue su segundo error, si hubieran tenido amigos, se habría podido a evitar la tragedia. —Comentó Vicent y al ver la cara de susto de sus amigos, continuó.

Una noche tormentosa oí desde mi casa gritos desgarradores, objetos que caían, puertas que se abrían y cerraban con fuerza. Indudablemente provenían de la casona. El pueblo se congregó frente al gran portón. Aunque la luz interior era tenue, se distinguían tres sombras, una de ellas, acuchilló a la figura femenina varias veces, la sangre salpicó los vidrios esmerilados, la otra huyó rogando por ayuda. Arengué a todos a entrar, luego de muchas patadas derribamos la barrera.

El panorama fue aterrador: la mujer estaba recostada contra la pared del gran salón, sus ojos bien abiertos, era pálida y tan delgada que se le notaban los huesos de la cara. Tenía heridas en todo el cuerpo, principalmente en el corazón. El hombre estaba en otra habitación, tendido encima de una alfombra, tenía tanto vello que no se podían ver las puñaladas, la sangre bañaba enteramente su pelaje, al tener la boca abierta, descubrimos que los caninos eran largos y puntiagudos.

Sólo faltaba la niña, imaginando lo peor nos dividimos en grupos, pero al reencontrarnos nadie la había hallado. .

Escuchamos el sonido del columpio, cuando salimos el temporal era peor, ella estaba sentada en la hamaca meciéndose lentamente, al acercarnos, nos observó con una sonrisa macabra, entre sus dedos además del colgante metálico sostenía el enorme cuchillo. Quedé atónito.

Entre una intermitencia de relámpagos y truenos ella se esfumó sin dejar rastros.

El vendedor cansado de tantas desgracias resolvió demoler aquella casona, incluido el juego.

Pero aunque esta historia termine aquí, en las noches de tormenta aun se puede oír el quejido de la vieja hamaca de hierro...

Cuento: "La hamaca de hierro"

Daniela Rostkier

Nació en Montevideo, Premiada en: *Lolita Rubial* Concurso entre Talleres Literarios. Publica en 2025 el libro de cuentos "Máscaras".

Leyenda serrana

Analía Romero

El Cristo de Nu porá es una escultura de doce metros de alto.

Está enclavada en pleno monte autóctono donde los chañares, los molles, los espinillos y los manzanos de campo conforman el equipo perfecto para llevar paz y naturaleza a cada visitante que llega, luego de un itinerario inclinado.

La gran estatua de cemento tiene una túnica de un blanco inmaculado. Sus manos de un generoso tamaño, se entrelazan contra su pecho, dando la bienvenida con una serenidad absoluta.

Durante el día frecuentan el lugar muchos turistas que se toman fotografías junto a la imponente imagen para luego regresar a la bulliciosa urbanización.

El bendito anfitrión posa resignado a los flashes de las cámaras.

Las voces se van apagando a medida que cae la tarde.

El lugar queda completamente vacío.

Dicen que cuando ya es de noche, el Cristo de Nu porá se aburre de tanta soledad en el medio de la nada y baja esa empinada cuesta ubicada a ochocientos treinta metros sobre el nivel del mar, para irse a caminar por la ciudad... Pero solo los beodos y los perros pueden percibirlo (a eso se deben los desaforados ladridos sin explicación alguna, durante las silenciosas horas de la madrugada)

Hoy, tomaré unas copas de más y a lo mejor, lo veo...

Cuento: “Leyenda serrana”

Analía Romero

Nació en Argentina. Profesora de nivel inicial e inventora de historias. Cuentacuentos propios y ajenos. Seleccionada en diversas convocatorias en formato digital y físico: Palabra herida, Revista Paladín, Volarte, El creacionista, Foro Libre.es, Cósmica Fanzine, La retórica ediciones, entre otros.

Los carroñeros del cielo

Francisco Araya Pizarro

Dicen que toda ciudad flotante guarda su propio fantasma. Ese fantasma no tenía forma humana: tenía alas metálicas.

Quienes crecimos bajo la sombra escuchamos la misma advertencia desde pequeños: “No te acerques a los bordes y no mires fijamente hacia el abismo. Los Tiyuk podrían llevarte algo más que tus cosas”. Lo decían con ese tono entre burla y superstición que hace que uno no sepa si reírse u obedecer. Pero con el tiempo entendimos que aquellas criaturas aladas no eran solo un cuento para asustar a los niños. Eran parte de este mundo, tanto como las tormentas. Eran inevitables. Eran necesarios. Y en torno a ellos nació la leyenda que todavía hoy se murmura en los pasillos de mantenimiento, en los bares y en los canales —aunque allí lo llamen “actividades no verificadas”.

La llaman “la historia de los Carroñeros del Cielo”.

Ava Luss nunca creyó en las leyendas. No porque fuera escéptica por convicción, sino porque la vida no deja mucho espacio para la fantasía: cuando uno pasa doce horas diarias estudiando o trabajando, la imaginación se vuelve un lujo.

Aquel día, sin embargo, algo la obligó a reconsiderar esa postura.

Fue cuando estaba inclinada sobre una grieta de apenas tres centímetros. Ajustaba sensores, hacía mediciones, murmuraba cálculos, cuando un zumbido extraño resonó por encima de ella, distinto al habitual. Levantó la mirada justo a tiempo para ver un dron descender como si algo lo empujara desde dentro. Chispas verdes saltaban de su carcasa; cada explosión diminuta dibujaba un arco irregular que mordía el aire. Ava soltó las herramientas y corrió hacia él. Los drones de vigilancia rara vez fallaban... y cuando lo hacían, solían explotar. Si alcanzaba a salvar el núcleo energético, podría evitar que se incendiara.

Pero no llegó a tiempo. Una sombra atravesó el viento en picada, silenciosa como un cuchillo arrojado contra un blanco lejano. Lo que Ava vio primero fueron las alas: enormes, divididas en segmentos que parecían plumas orgánicas y láminas metálicas. Luego el cuerpo estilizado, los ojos que no reflejaban luz alguna.

Un Tiyuk.

La criatura atrapó el dron con precisión quirúrgica, lo sostuvo un instante como evaluando su peso y luego se elevó hacia una repisa de roca que sobresalía. Ava, movida por una mezcla de irritación y curiosidad, decidió seguirlo. No era la primera vez que los Tiyuk se llevaban objetos tecnológicos, pero aquel parecía distinto. Tenía un plumaje gris-cobre atravesado por líneas lumi-

nosas, cicatrices que pulsaban al ritmo del dron entre sus garras. Descendió por una escalera de mantenimiento, avanzó por una superficie estrecha y desde allí lo vio.

El Tiyuk no estaba destruyendo el dron.

Lo estaba... reparando.

Con movimientos metódicos separaba los fragmentos dañados, colocaba piezas donde no debería haber huecos, reorganizaba circuitos como si conociera la función exacta de cada uno. Ava se quedó petrificada.

Reconoció al ave por informes de seguridad: Mek-Tal, el Tiyuk más buscado por la división aérea. El “demonio carroñero”, como lo llamaban algunos pilotos. Otros lo mencionaban con un respeto casi religioso: “el que sabe antes que todos”.

Mek-Tal levantó la cabeza, y durante un instante Ava sintió que la miraba como un igual.

Y entonces comprendió que aquello no era un simple instinto animal.

A partir de ese día, Ava comenzó a observar en secreto a Mek-Tal. Cambió turnos, amplió rutas de inspección e incluso fingió averías para poder estar en puntos estratégicos cuando la criatura sobrevolaba todo.

Lo que descubrió la desconcertó más que cualquier reporte técnico.

Los Tiyuk no actuaban como carroñeros sin propósito: parecían seguir una lógica interna. No recogían piezas al azar. Solo intervenían cuando un dispositivo emitía un patrón energético inestable. Detectaban fallos antes de que ocurrieran, como si percibieran vibraciones imperceptibles para los sensores humanos. Cada vez que Mek-Tal encontraba una pieza peligrosa, la retiraba antes de que explotara o produjera un cortocircuito en la atmósfera cargada. Y no solo las desactivaba: las reconstruía con variaciones jamás vistas en manual alguno.

Una noche, Ava se arriesgó a acercarse más de lo que permitían los protocolos. Mek-Tal no huyó. Extendió un ala hacia uno de sus nidos: una estructura hecha de restos metálicos, cristales energéticos y cables entrelazados como si fueran fibras naturales. Dentro, Ava encontró un circuito restaurado. Y algo más: estaba optimizado. Los valores térmicos eran perfectos; las conexiones eliminaban redundancias que ni siquiera los ingenieros consideraban problemáticas. Era como si la criatura hubiera aprendido ingeniería avanzada por su cuenta.

—“¿Qué eres en realidad?” —susurró Ava.

No esperaba respuesta. Pero Mek-Tal inclinó la cabeza y emitió un sonido breve, similar al chasquido de un capacitor cargándose. No sonaba a animal.

Sonaba a código.

Las actividades de Ava no pasaron desapercibidas.

El Comandante Dravet Sonn, director de seguridad aérea, ordenó una auditoría interna. No tardó en descubrir que Ava frecuentaba zonas restringidas y había manipulado registros de vigilancia. La llamó a su despacho, donde las paredes estaban cubiertas de pantallas que mostraban mapas energéticos del cielo.

—“Los Tiyuk no son aliados” —dijo, sin rodeos—. “Son ladrones. Y algo o alguien los está usando para sabotear la infraestructura”.

Ava respiró hondo. Sabía que decir la verdad la pondría en problemas, pero guardarla

pondría en riesgo a toda la ciudad.

—“No roban” —respondió—. “Previenen fallas. Reparan lo que nosotros ni siquiera vemos”. Dravet golpeó la mesa.

—“¿Reparan?. ¿Aves?” —Rió con amargura—. “Esa es la clase de idea que inician cultos”. Ava insistió en mostrarle los circuitos optimizados, pero él no quiso escuchar.

Tres horas después, Dravet emitió una orden de captura para Mek-Tal y otros Tiyuk considerados “potencialmente coordinados”.

Fue entonces cuando la leyenda empezó a tomar forma: unos hablaban de aves espías, otros de espíritus electromagnéticos que se alimentaban de tecnología. Para Ava, en cambio, no era mito, ni superstición.

Era ciencia incomprendida.

Y estaba a punto de volverse vital.

Este mundo era impredecible, pero aquel día mostró un rostro que nadie había visto jamás.

Todo comenzó con un rugido profundo que subió desde el abismo eléctrico. Las luces parpadearon al unísono; luego, una onda expansiva invisible sacudió todo como si fuera una hoja de metal. Los radares marcaron anomalías por todas partes. Sensores térmicos se apagaron abruptamente. Conductos antimagnéticos empezaron a fluctuar. Las alarmas de evacuación sonaron. Ava reconoció los patrones al instante: una tormenta radial, un fenómeno que los teóricos decían que era imposible.

Todo comenzó a hundirse varios metros.

Entre el caos, Ava corrió hacia los túneles de mantenimiento, tratando de activar manualmente los disipadores. Pero a mitad de camino sintió un cambio en el aire, un temblor distinto al de la vibración mecánica. Mek-Tal salió disparado desde el cielo, sus alas extendidas como dos filamentos brillantes. Emitió un grito agudo que atravesó el estruendo de la tormenta.

Y respondió un coro.

Decenas —tal vez cientos— de Tiyuk aparecieron entre las nubes, formando patrones geométricos que parecían coreografías imposibles. Cada uno llevaba piezas metálicas, placas reconstruidas, fragmentos que Ava había visto en sus nidos.

Se dirigían hacia los puntos exactos donde mostraba fallas.

Uno a uno depositaban las piezas en soportes estructurales, rejillas de ventilación energética y juntas de los conductos. Actuaban con una sincronización que ningún equipo técnico podía igualar.

Ava entendió lo que debía hacer.

Se lanzó hacia la consola de emergencia, ignorando los destellos que le quemaban los guantes. Conectó manualmente los conductos donde Mek-Tal dejaba componentes. Ajustó el flujo energético siguiendo las señales que él marcaba con sus movimientos.

Por primera vez, humanos y Tiyuk trabajaron juntos.

Todo dejó de hundirse. Las luces estabilizadoras volvieron a brillar. El rugido del abismo comenzó a desvanecerse.

Cuando todo terminó, Mek-Tal aterrizó delante de Ava. Sus plumas metálicas chisporrotea-

ban, pero seguía en pie. La miró con una calma que parecía humana.

Ava, exhausta, solo pudo decir:

—“Gracias”.

La investigación posterior fue implacable. Y esta vez, no contra Ava.

Dravet Sonn fue destituido por negligencia: había ignorado advertencias clave y perseguidos a los Tiyuk justo cuando se necesitaban más que nunca. El Consejo nombró a Ava como jefa de redes. Bajo su dirección, los técnicos aprendieron a interpretar los patrones de vuelo de las criaturas. Los Tiyuk, por su parte, comenzaron a dejar piezas reparadas en puntos de intercambio designados. Cada fragmento era un mensaje codificado, un aviso de peligro, un mapa de anomalías.

Nunca más un dron colapsó sin que un Tiyuk lo hubiera marcado antes.

Con el tiempo, la figura de Mek-Tal se volvió casi mítica. Algunos lo veían como un protector silencioso; otros, como un espíritu del cielo. Ava lo veía simplemente como un aliado. Él seguía visitándola. A veces aparecía en lo alto de una torre, otras sobre una repisa de mantenimiento. Siempre dejaba un fragmento metálico a sus pies, cuidadosamente colocado. Ava no tardó en comprender que todos esos regalos significaban lo mismo:

“Hay algo que aprender. Hay algo que salvar.”

La leyenda urbana nació de ahí. De los murmullos de los técnicos que aseguraban haber seguido luces imposibles en plena tormenta, del rumor de que las plataformas no caían por mero milagro humano. Hoy en día, algunos creen que los Tiyuk son máquinas vivientes creadas por una civilización anterior. Otros dicen que son la conciencia del planeta manifestándose en forma de ave. Y hay quienes simplemente aceptan que cualquier ayuda es bienvenida, incluso si viene envuelta en plumas metálicas. Yo solo sé una cosa: si alguna vez ves un destello gris-cobre sobre las alturas y escuchas un chasquido que no proviene de tus sensores... No tengas miedo.

Probablemente sea Mek-Tal, recordándote que el cielo puede cuidarte.

Cuento: “Los carroñeros del cielo”

Francisco Araya Pizarro

Nacido en 1977 en Santiago de Chile, Artista Digital, Diseñador Gráfico Web. Asesor en Marketing Digital y Community Manager para empresas privadas y ONGs asesoras de las Naciones Unidas. Además de Escritor de Ciencia Ficción, donde en su blog comparte sus relatos cortos en: www.tumblr.com/franciscoarayapizarro

Samara

Cari Sosa

Dicen que en Yaguarón y Colonia, donde hoy levanta sombra la Torre de los Profesionales, hubo una casa baja, esquiva, que se apagó sin dejar papeles ni duelo.

Algunos dicen que, antes de la torre, fue un hogar de chicas en años que la ciudad prefiere olvidar. Nadie recuerda bien qué pasó allí, pero algo quedó.

Ahí estoy. Siempre.

No sé si fue verdad. Lo que sé es que alguien quedó. Y que, a veces, baja al subsuelo en puntas de pie, rozando las paredes húmedas como quien pisa secretos que jamás deberían despertarse.

En mi versión —la que cuento yo— Samara no era un fantasma de película. Era traviesa, cruel, paciente. Vecina sin cuerpo. Niña que nunca aprendió a crecer.

Mis compañeros y yo la llamábamos Samara, aunque nadie recuerda bien por qué. Quizá por un viejo cartel que alguien encontró en la cocina, con letras apenas legibles.

El nombre quedó pegado al silencio y a ella, como si la hubiera elegido.

No me mires. No me mires. Estoy justo detrás tuyo.

No la temía.

Pero cada golpe, cada puerta que se cerraba sola, cada caja que caía, me dejaba un hueco en el pecho. Convivíamos.

Un “Hola, Samara” susurrado cuando algo golpeaba donde no debía, como un pacto silencioso.

Aunque nunca respondí con palabras, murmura la otra voz, ella siempre me oía.

El subsuelo olía a desinfectante, a madera y a la comida del almuerzo..., pero también a memorias que nunca se borran.

Al atardecer y los fines de semana, cuando el sonido de la oficina comenzaba a menguar, la luz apenas iluminaba la cocina, la embosadora, el área de cajas, donde la sombra se hacía espesa y densa.

Ahí Samara empezó a enseñarnos sus reglas:

A mis compañeros los dejaba encerrados.

Bajaban por un *tupper* olvidado, un mate mal lavado, y la puerta de la cocina se cerraba de golpe. Sus gritos rebotaban en piedra y madera. Yo tironeaba el picaporte que resistía como si una mano helada lo apretara desde dentro.

—Samara, dejate de joder —les decía—. Son mis amigos.

Yo no distingo amigos. Distingo miedos. Vos también me tenés miedo, ¿verdad?

Cada escalera, cada caja caída, cada cable que se movía, se volvía una marca de su territorio.

Una tarde bajé por la escalera de madera —esa que cruje como si guardara nombres— y sentí pasos detrás. Pesados, calculados, sincronizados con mis movimientos. Pensé que era María, mi compañera. Me di vuelta. Nada. Sólo una sombra y un crujido. Subió dos escalones mientras yo bajaba uno. El aire olía a polvo y madera vieja; el crepitar de la escalera era un latido propio.

Te sigo. Siempre.

En Navidad me tocó trabajar sola en el edificio vacío. Silencio de vidrio. Luces que proyectaban reflejos torcidos sobre la pared. El cable del teléfono se movía como un gusano inquieto.

—Dale, Samara, no seas pesada —resoplé.

Se frenó. No era viento. Ni ventanas abiertas. Ni electricidad.

Los cables no respiran.

Yo no descanso. Nunca. Siempre estoy.

El episodio de las pedradas fue brutal. Golpe seco. Otro. Y otro más. La fachada de vidrio temblaba como si alguien castigara la noche desde afuera. Salimos a mirar. No había nadie. Ni autos, ni transeúntes, ni viento.

Era yo. ERA YO. ERA YO. Aferrada a cada reflejo, a cada sombra, recordándoles que buscaban cuerpos, no fantasmas.

Entre semana, Samara aparecía tarde, como quien firma la entrada después de que todos se van. Sábados: puerta cerrada. Domingos: no pedía permiso. El edificio le pertenecía.

Yo ya lo sé. Vos también lo sentís.

Conviví con ella sin ceremonia, pero cada noche, cada repetición, me dejó un rastro invisible. Cada puerta cerrada, cada caja caída, cada cable que se movía, subía la tensión. Hasta que todo parecía a punto de estallar y yo empezaba a buscar su sombra en cada reflejo.

El resto —origen, nombre verdadero, lo que pasó en aquella casa vieja que nadie recuerda— lo dejo para otros. No sé si fue una niña. No sé si murió ahí. No sé por qué eligió el subsuelo, la escalera, el cable o los vidrios.

Pero te veo. Siempre.

Desde que dejé ese trabajo, hay noches en las que escucho un golpe seco en mi pared. Apenas uno. Como un aviso. Como un recordatorio de que alguien todavía camina entre los muros y la madera vieja de Montevideo.

Escuchás? Ahí estoy.

Cierro los ojos y puedo escuchar:
 el crujido de la escalera,
 el roce de sus dedos invisibles sobre cajas que caen,
 el cable que se estremece,
 el vidrio que tiembla,
 las memorias que no se borran,
 el hueco en mi pecho donde aún se aloja la presencia de Samara.
 Y pienso, en voz baja:
 Me encontró.

Cuento: “Samara”

Cari Sosa

Escritora y DJ uruguaya. Apasionada por la literatura, la música y la fantasía. Ha trabajado en narrativa corta y cuentos experimentales, combinando lirismo y escritura creativa. Participa activamente en proyectos literarios y concursos de cuentos de habla hispana y portuguesa.

Lamia

José Naranjo

Desde aquella noche en que conocí a Selene en Tinder y luego, cara a cara, en la Estación del Atlántico de San José, mi vida dejó de pertenecerme. La noche se volvió un verdugo silencioso, una sombra que acecha sin descanso. Frente al espejo, ya no reconozco al hombre que fui alguna vez. Mi piel está pálida como la cal, mis ojos, dos abismos oscuros enfundados en un rostro cadavérico y mi cuerpo, una prisión de cansancio y desidia. Llevo días sin probar bocado, sin dormir, atrapado en un círculo infernal que consume mi sustancia esencial.

Estoy seguro de algo: se trata de ella. No cabe otra explicación. Desde aquel primer encuentro en la capital, una pesadilla recurrente me persigue por las noches. Selene, la chica gótica que parecía salida de un sueño febril: alta, delgada como un espectro, piel pálida como el reflejo de la luna, cabello negro y ondulado que cae como una sombra líquida, y esos ojos color miel que arden con una luz perturbadora como dos candiles en medio de la neblina. Sus encantos femeninos se ocultan bajo un vestido victoriano, como un ritual secreto. En algún momento me sentí dichoso. Creí haber encontrado el amor, pero en realidad abrí la puerta al infierno sin darme cuenta. La amo y la odio al mismo tiempo. Me consume, me agota con su presencia, y no deja nada de mí, pues me ha vaciado de vitalidad y esperanza. He buscado ayuda, pero ni el psicólogo ni el doctor han podido salvarme. Fármacos, homeopatía, terapias inútiles y drogas... nada detiene esta caída libre hacia el abismo profundo.

Cada noche, el sueño se transforma en una trampa mortal para mi alma. Siento un peso aplastante sobre mi pecho, una presencia invisible que me posee. A veces, ella se materializa, espectral y diabólica. Selene, desnuda, bañada por luz lunar que se filtra por la ventana, se presenta ante mí sin anunciar su llegada. Sus ojos se clavan en los míos, y un fuego extraño y voraz brilla en sus pupilas cuando alcanza el clímax mientras sonríe, mostrando una extraña mueca de lujurioso placer.

En ese momento cuando pierdo el control. Siento cómo mi alma se desprende de mi cuerpo, siendo absorbida lentamente hacia la vorágine de su portal oscuro que me devora como lo hace una víbora cuando engulle su presa. Quiero gritar, pero mi voz se apaga en un silencio aterrador. Estoy paralizado de terror. No puedo respirar, no puedo mover un solo dedo. Solo puedo sentir su aliento frío que exhala por sus jadeos lascivos mientras su lengua larga y serpentina lame mi rostro, y los gruñidos guturales que emite retumban como un presagio de muerte excitante.

“El doctor dijo que era parálisis del sueño,” recordé. Pero sé que es algo más profundo, algo maligno que yace fuera del alcance de la comprensión científica, un secreto arcano de la noche.

En mi desesperación, como último recurso, siguiendo el consejo de mi madre, recurrí al exorcista del pueblo. Él vino con ánimo de ayudarme, pues al verme tan débil y pálido le causé lástima. Comenzó el ritual de exorcismo. Le supliqué entre lágrimas por mi liberación mientras él recitaba el Credo de Atanasio, pero justo cuando estaba a punto de terminar, mi voz tembló, y le pedí que se detuviera. “No siga, por favor... la amo.”

El exorcista se detuvo, me miró con una mezcla de compasión y miedo, y respetó mi petición. Desde entonces, espero la llegada de la noche con un deseo enfermizo, sabiendo que Selene volverá para alimentarse de mí. Y cuando lo haga, abriré las puertas de mi alma para ella, una vez más, aunque la *Lamia* se siga alimentando de mi cuerpo astral hasta dejarme en los huesos. El amor es una enfermedad sin cura.

Cuento: “**Lamia**”

José Naranjo

José David Naranjo Sánchez nació en Heredia, Costa Rica, el 28 de enero de 1985. En 2020 publica su primer libro de relatos fantásticos costumbristas llamado "Sombras y misterios del sur", con la editorial Clubdelibros. En el 2021 publica la primera parte de la saga "El portal de Ukklar, el guerrero de Löthmar". En el 2024 publica "El Portal de Ukklar, La espada de Bålldør" con la editorial Atheris. En el 2025 publica una reedición de "El Portal de Ukklar, el guerrero de Löthmar" con la editorial Atheris. En el 2025 publica el cuento "El Transhumano" para la revista uruguaya de ciencia ficción Ruido Blanco.

La que lleva

Enrique Arditó

A Noelia

—Cuidado, mocito. Caminar por aquí en la noche es exponerse a tener un encuentro con “La que lleva”. —Le advirtió un hombre de sombrero aludo, pañuelo al cuello y botas.

—¡No hay manera de evitarla, dios bendito! —Dijo una anciana y se persignó temblorosa.

—No se me vayan a ofender, pero estamos a mitad del siglo veinte y ya nadie cree en esas cosas.— contestó Tony Méndez, un poco fastidiado. —En este momento, lo que yo necesito es un mecánico que vaya a la ruta donde quedó mi coche y lo haga arrancar.

—¡Ha! —dijo una mujer de pollerón largo y trenzas negras— ¡si la hubiera visto como la vimos nosotros, usté también creería, joven! “La que lleva” cae todas las noches, buscando con los ojos. Y de nada vale que usté se esconda. Ella lo encuentra.

Tony empezó a preocuparse. Como empleado de una importante firma de arquitectos, tenía que estar en Montevideo el día siguiente, para participar en la inauguración del Palacio de la Luz de UTE, y estos palurdos supersticiosos no ayudaban.

—Bien, ya que veo que no nos entendemos, les propongo un trato: esperaré aquí hasta la medianoche a esa señora, fantasma o lo que sea. A cambio, ustedes me consiguen a alguien que pueda hacer arrancar a mi auto. En caso de que “La que lleva” no me haya llevado, claro. ¿Que les parece? —dijo burlón.

—Usté lo ha pedido, mozo. —Dijo un veterano, con el ceño fruncido. El resto de las personas, una treintena de hombres y mujeres, asintió con la cabeza como si fueran un equipo.

—Ya se aproxima la medianoche. ¡Vámonos! —Dijo un hombre de edad mediana.

—Sí, y el señor forastero incrédulo sabrá de que estábamos hablando. —Dijo la mujer de las trenzas.

—¡Ojalá que no le pase nada! —dijo aterrada una niña de piel canela y motas atadas con moñita.

—Eso es cosa de mayores, Marita. ¡Vos callate y vení conmigo! —dijo un niño mayor que ella. Eran parecidos, seguramente hermanitos.

Y lo dejaron solo. Se acomodó en el pasto al pie de un eucalipto. Le extrañó la blandura de la hierba. Lamentó no haber traído sus cigarrillos, seguramente en la guantera del auto. La cerrazón lo difuminaba todo, lo que hacía que los cipreses y eucaliptos parecieran pender en el aire.

Cuando Tony, aburrido, empezaba a pensar en marcharse, advirtió que algo se aproximaba

entre la niebla. Era una mujer de alta figura, de paso lento. Llevaba el largo cabello gris suelto y su abrigo ondeaba vaporoso por efecto de la niebla tras su cuerpo.

Desconcertado, Tony optó por quedarse inmóvil entre los árboles. De pronto, ella se detuvo.

—Sé que estás ahí. —Dijo de pronto.

Tony no contestó. Sea o no un fantasma, ¿para qué darle ventaja? —pensó.

—Ah... sos un varón joven. Y además, forastero. ¿No es así?

Sorprendido, el hombre no soportó más la ansiedad y salió de su resguardo.

—Sí, señora, vengo de Montevideo. Tuve una “panne” en la ruta y llegué aquí con el fin de...

—¿Un desperfecto mecánico? Sí, ya vi el auto mientras venía. —Y rió. Por alguna razón eso hizo que Tony se sintiera bien.

—No sé que le causa risa ¿Es usted la que se divierte asustando a los lugareños?

Ella se acercó. A pesar de la niebla vio que era una mujer madura pero de cerca, no notaba nada en ella que pudiera suponerse sobrenatural.

—No necesito asustarlos, muchacho, se asustan solos. —Dijo la mujer.

—¡Que pueblo supersticioso! —dijo Tony.

Ella lo miró con los ojos entornados como extrañada.

—¿Sabés una cosa? En años que llevo aquí, nunca conocí a alguien como vos.

—Je! Se ve que no sale mucho.

—Ciento. Me limito a ayudar acá en Paso del Ombú. Pero no es mi vida lo que importa ahora, sino la tuya, hombre de mundo. A propósito... ¿tendrás coraje para dar un paseo conmigo?

—Por supuesto. ¿Quien despreciaría la invitación de una leyenda? —dijo Tony. Ella rió de nuevo. A pesar de que ya no era una jovencita, poseía un misterioso encanto.

—Iremos hasta la ruta, concretamente, al lugar en que se encuentra tu automóvil.

El joven ya empezaba a sentirse intrigado así que asintió con la cabeza.

—Adelantate nomás. Tenemos velocidades... diferentes. —Dijo la mujer.

Tony llegó al lugar más rápido de lo que pensaba y sin recordar mucho de su recorrido hasta la ruta, lo que atribuyó a su ansiedad. Entonces lo sacudió la segunda sorpresa. Su auto, un Chevrolet de los años cuarenta, estaba “clavado” contra un eucalipto enorme de la larga hilera que flanqueaba la ruta de balasto. Al volante, había un hombre inerte. Su cabeza era una masa sanguinolenta y el parabrisas estaba astillado y teñido de rojo.

—¿No lo encontrás conocido? —dijo una voz a sus espaldas. Era “la que lleva”, que había aparecido en silencio. No parecía impresionada por la escena.

—¿Como saberlo? Está demasiado desfigurado para ver su cara. —Dijo Tony.

—A ojos vista, tuvo algo más que una “panne”. —Le dijo ella.

Entonces, Tony sintió que su cabeza empezaba a dar vueltas. Una idea terrible buscaba entrar en su entendimiento pero otras le cerraban la puerta. No podía ser cierto, no quería que lo fuera.

Vio a la mujer abrir la puerta del auto y buscar en la guantera donde encontró una libreta de

conducir que le mostró a Tony. Éste no necesitó leer el nombre. Era la suya.

—Tranquilo, Tony Méndez. —Dijo la mujer. Trató de asimilarlo. Es solo un estado diferente.

—¿Entonces... yo... estoy... estoy... ? —gimió.

—Sí, muchacho. Tanto como esas pobres almas, que al pasar cerca del cementerio del pueblo, confundiste con los pobladores de “Paso del Ombú”.

—¿Y usted también es una...?

—No por el momento, no lo sé ni me preocupa. Ya sabré como manejarme cuando mi fin llegue, cosa que no puede decirse de todas las personas.

—Pero ... usted me ve... y me escucha... y yo a usted. —Tony estaba tan anonadado que intentó recostarse en un árbol. Pero al sentir que la espalda se le escurría entre las anfractuosidades de la corteza, se enderezó asustado. La mujer siguió hablando.

—Se me despertó en la niñez. Yo veía y escuchaba gente que el resto de mi familia no. Mis padres pensaban que tal vez era una niña demasiado fantasiosa, los vecinos, que me faltaba un tornillo. Como yo, en mi inocencia, seguía diciendo lo que me ocurría, se alarmaron de veras y empezaron a pensar en llevarme a un especialista en enfermedades mentales. Una luz de alarma se encendió en mi cerebro. Decidí callar mis visiones solo para no ver las caras de compasión de los mayores o tener que soportar las burlas de mis amiguitos del pueblo.

Hizo silencio por un momento y Tony pudo percibir su profunda tristeza. Intentó poner su mano en el hombro de ella, pero los dedos descoloridos se hundieron en su piel. La mujer experimentó un estremecimiento, lo que hizo que el joven se retirara con rapidez.

—Perdón! —dijo confundido.

—Tranquilo, almita. La gente común se asusta mucho cuando les sucede eso. Pero yo estoy algo más baqueana, como podrás suponer. —Y poniendo la libreta de conducir en su lugar, cerró la puerta del auto. — Esto es para que la policía te identifique.

Luego se volvió y juntó los indices en sus labios, como quien se propone seguir hablando.

—Ya adulta busqué orientación —siguió contando— y la encontré en escuelas donde otros como yo, aprendían a manejar sus... “dones”. Y hoy, sin que nadie del pueblo lo sospeche, caigo en la noche por el camposanto para pasar espíritus.

—¿Pasar?

—Al plano siguiente, sea cual sea el que al fallecido le corresponda. Los pobres muertos no tienen necesidad de estar penando y dando vueltas por aquí. No es bueno, ni para ellos ni para los vivos.

—Pero ellos no quieren eso. La evitan.

—Exacto. Y yo no puedo obligarlos. Sí abrir la puerta, pero solo en ellos está la decisión de cruzarla.

De pronto, Tony escuchó vocecitas entre los arbustos cercanos.

— Son Marita y Hernán, hermanitos. —Dijo ella—. No pueden con su curiosidad y han venido a ver que iba a pasar contigo enfrentando solo a “La que lleva”.

—¿Como puede ser que estos gurises aun están aquí?

—Y desde hace años, por desgracia. Los padres tuvieron que salir y los dejaron solos, dur-

miendo. No sé por que causa se desató el incendio, pero cuando las llamas los despertaron, los angelitos ya no pudieron salir a tiempo del rancho.

La mujer se detuvo un momento. Respiró profundo. Luego consiguió retomar el hilo.

—Su inocencia no les deja saber que están muertos, Tony. Siguen jugando, conversando y corriendo por ahí todos los días con sus noches. Y, por supuesto, también me evitan.

Al repetirse el cuchicheo, el joven se dirigió hacia los arbustos para acercarse a los niños. Pero éstos se disolvieron en el aire dejándolo estupefacto.

—¿Como hicieron eso? —preguntó a la mujer.

—Y... pequeñas compensaciones que da la muerte. ¿Porqué creés que llegaste al auto mucho antes que yo? Para un espíritu no existen ni el espacio ni el tiempo, tal como lo entendemos los vivos. Tampoco la obligación de la naturaleza, no necesitarás comer, ni beber, ni dormir.

—Y el resto? —preguntó Tony.

—Ah, los mayores, crédulos o escépticos, ignoran que rayos les pasó. Van de vez en cuando al pueblo a ver a sus familias, sin entender porqué sus parientes no les dan bolilla. Terminan por reunirse en su desgracia y entonces habitan los lugares donde reposan sus restos.

—Nunca creí que la supervivencia fuera del cuerpo fuera real. Para mí, era una sarta de arcaicas y estúpidas creencias.

—Y sin embargo, fuiste el más rápido en entender.

—Pero... ¿seguirán todos esos espíritus anclados en el cementerio hasta el fin de los tiempos?

—Pregúntaselos. Están aquí.

Entonces Tony se dio cuenta de que no estaban solos. Todos los que le habían recibido a su llegada se habían aproximado en silencio, avisados seguramente por los niños. “¡Oigan, el forastero está charlando con “La que lleva”... y no se lo llevó!” La noticia había sacudido el camposanto y ahora estaban todos aquí.

El joven forastero los miró con mayor atención, ahora llegaba a él información visual y auditiva que antes había pasado por alto, tal vez en forma inconsciente. Algunos de los recién llegados eran translúcidos, otros carecían de sustancia adoptando formas difusas. Hasta habían presencias en la forma de orbes de luz que se paseaban por el aire.

—Los estoy sintiendo, Tony, y me alegra. —Le dijo la mujer—. Hablales vos. No olvides que yo soy su ogra, su verduga, la pesadilla de sus vidas sin sueño.

El joven se elevó del suelo dirigiéndose hacia los espíritus que lo contemplaban asombrados. Entonces habló largamente con las palabras que le salían del corazón, aunque no precisamente de la válvula de carne echándose a perder en el auto. Le escucharon atentamente y después se miraron entre ellos. La mujer de pollerón y trenzas que le llamara “forastero incrédulo” se aproximó a él sin rozar el pasto. Su rostro por primera vez no expresaba miedo ni ira. Le dijo serenamente que tenía la respuesta del grupo todo. Tony volvió con “la que lleva” que lo estaba esperando apoyada en el auto.

—Señora, usted sabe mi nombre por la libreta de conducir. Pero yo no sé el suyo. —Dijo el joven.

—Eladia. Y podés tutearme, hombre. Has conseguido en unas horas lo que a mí me hubiera

llevado años. —Dijo la mujer.

—Eladia, me hubiera gustado tanto que...

—A mí también, Tony. Pero las cosas se dan así por una razón fuera de nuestro alcance.

—La buena nueva es que esta gente está dispuesta y preguntan que hacer. —Dijo Tony.

La médium se irguió en toda su estatura y miró al grupo de almas. Luego estiró su brazo.

—¿Ven esa luz? —dijo.

Hubo un coro de alborozo. Claro que la veían.

—Bien, Hernán y Marita... ¡ustedes primero!

Y los niños pasaron por la cascada de luz como a través de una cortina. Uno a uno, los pobladores del cementerio les siguieron.

Tony era el último.

—Adiós, Eladia.

—Adiós, Tony.

Se dieron un abrazo profundo, mezclando por un instante, vibraciones de mundos diferentes aunque ahora cercanos por una afinidad misteriosa.

Luego, el hombre pasó.

Fin

Cuento: “La que lleva”

Enrique Arditó

Publicó por 16 años en "La República" sus tiras Viviana y Yamandú, Los recién cansados, Don Jubileo, Tarjeta amarilla y Montevideo cambalache. En 2003 editó la revista Quimera. En 1992 dictó el “Curso de iniciación al comic” en el Instituto del Libro (MEC). Presentó en Montevideo Comics, su libro “1 modo + D guionar comics”. Recibió el Premio Morosoli de Plata de Humor e Historieta. Fue jurado en el certamen Juan Carlos Onetti en categoría historieta, de la IMM.

El Krampus

Julián Delgado

La niña lloraba desconsolada por la ausencia de su conejo Pome, al que no veía hacía dos días. La última vez que lo vio estaba cerca del cuarto de su hermano, pero algo llamó su atención, perdiéndole el rastro.

En ese momento, pero en un lugar totalmente diferente, dentro de lo que parece ser un taller mecánico olvidado y dejado al servicio de quien lo necesite, se encuentra su hermano mayor, Klauz. Quien sostiene un martillo con su mano izquierda, mientras que con su otra mano sostiene al conejo de su hermana.

¡Pum! Se escucha como resuena contra una superficie metálica el golpe provocado por el martillo. ¡Pum! Esta vez se escucha el sonido de huesos crujiendo, y un pequeño quejido es soltado por la que fue la mascota de su hermana. Después de contemplar su sádica obra, arremete con un último golpe, esparciendo chorreones de sangre por todo lado, incluyendo su rostro, en lo que sostenía una mirada muy macabra.

Gozaba de estos actos dementes en donde torturar animales le apetecía a la orden del día, pues tenía en su haber tantas muertes de mascotas y animales silvestres, que en el infierno alguien lo deseaba para el castigo eterno.

Klauz con tan solo 12 años, no se mostraba como un niño normal; en él predominaban acciones de baja calaña sumadas a una mente sádica y una personalidad cortante como la de un hombre que ha vivido fuertes traumas y los cuales, dejaba destilar por medio de la crueldad hacia otros seres vivos. Por otro lado, Jazzmin, su hermana, una niña de 5 años, alumbraba con su presencia y su inocencia todo lugar que ocupaba, una personalidad totalmente distinta y de la que su hermano, le tenía un odio infundido.

Han pasado ya tres años desde los hechos. La Navidad llega contagiando a todos de una felicidad congénita. Excepto por Klauz, quien continúa haciendo el mal desde las sombras que contienen su mente en caudales ingentes de acciones lóbregas, horridas y pululantes.

Su madre ya le había advertido que no pasara la noche entre el cinco y seis de diciembre por fuera de casa, pero él, quien no creía en historias de hadas, decidió qué ignorar esa petición lo hacía acentuar más su incuestionable maldad adherida a su personalidad.

La historia contada generación tras generación, narra la presencia de un ser demoníaco lla-

mado el Krampus, que deambula por las calles olfateando el mal persignado en almas infantes para llevárselas al infierno y luego, comérselas. A Klauz, esto le parecía otra tonta invención popular, y se jactaba de no tenerle miedo, puesto que él, era el miedo encarnado.

Llegada la noche del cinco de diciembre Klauz se encontraba en su refugio ideando una nueva forma para desvivir a más animales; entre tanto, un grupo de ardillas enjauladas increpa con fuertes chillidos, irrumpiendo el silencio que reinaba en el lugar. Esta acción contrajo la ira de Klauz, quien no escatimó en abrir la jaula para tomar a una de las ardillas y azotarla contra la mesa, dejándola casi muerta. En ese momento, en lo que la ira contenida se asomaba bajo los destellos de una mente corrompida, el sonido de unos cencerros y cadenas, acompañados de una disimulada risa macabra, se escuchó muy cerca del lugar, alertando al chico, quien no ocultó sentir miedo, en una primera obra de presunta redención.

Los animales enjaulados empezaron a chillar con gran fuerza. Klauz quien se encontraba sobresaltado por lo que estaba sucediendo, empezó a sentir en el ambiente un fuerte hedor a sangre y a muerte. De pronto, los animales se calmaron, dejando un silencio inquietante que pondero en una retahíla de sufragios mezquinos disfrazados de plegarias sin aliento, que venían por parte de Klauz.

De repente, algo lo hizo girar para ver hacia el umbral de la puerta, y fue testigo de la abominación más horrible que jamás haya visto: una figura inmensa con cuernos ondulados que dejaba ver una hilera de dientes mellados y corroídos, teñidos de un color amarillo mezclado con sangre; sostenía una mirada amenazadora de la cual destilaba un odio punzante que transmitía dolor con tan solo verla. En vez de manos, tenía dos grandes garras de las cuales le salían uñas largas de color negro y los pies, eran como los de un fauno.

Era el Krampus, la historia era cierta y venía a por él, quien, en medio de súplicas oratorias, se orinó encima, dejando claro que toda la maldad que desplegaba por los poros no era más que una cortina mal tejida de acciones reprochables y dignas, de un monstruo cobarde.

El Krampus arremete violentamente contra Klauz, burlándose de su cobarde actuar. Lo atrapa en su jaula que carga en su lomo, libera a los animales, sana a la ardilla que se encontraba agonizando después del fuerte golpe recibido, y se marcha al infierno llevándose consigo a Klauz.

Ya estando en un lugar en donde ríos de lava decoran un paisaje no muy grato a la vista, acompañado por montañas de azufre, adornos cárnicos que cuelgan de cadenas oxidadas, lamentos calamitosos que se atiburran al unísono, constipando la mente y llevándola a un cementerio de podredumbre, putrefacción, ocio y muerte; dictaba por ser un panorama reacio, en donde luchar para salir con vida de allí, resultaba ser una pérdida de tiempo.

Klauz se encontraba rodeado por paredes de donde brotaba sangre. También por otras en donde se podían ver rostros de personas que gritaban de dolor, sumidas en un estado de agonía constante. Luego, se acercó la figura de una mujer a quien le faltaba la piel. Sus párpados habían sido retirados, al igual que sus labios; la imagen en su rostro, similar a la de una calavera, lo indujo a un miedo insidioso que terminó por hacerlo desmayar.

Al despertar, el Krampus se encontraba parado en frente sosteniendo el pequeño cráneo de un conejo —era el cráneo de Pome, la mascota de su hermana—; éste lo miraba con un tono desdenado, impetuoso y malhumorado. Klauz le sostenía la mirada en medio de lágrimas hasta que volvió en sí, para cuestionar las acciones acusativas de alguien que desvive porque no sigue sus ór-

denes sin sentido: ser, un buen samaritano. Pero esas acciones llenas de hipocresía y lamentos artificiales, no le importaban al Krampus.

Colocó el cráneo del conejo al lado de la cabeza de Klauz que reposaba sobre un charco de sangre. Le enseñó sus largas y filosas uñas y, como si la muerte hubiese dictado que el fin debía llegar en ese momento, meticulosamente empezó a desellejarle las manos extrayéndole parte de la piel y parte del músculo. Luego empezó a amasar la carne revuelta con piel cual alfarero, dándole la forma del cuerpo al conejo. Klauz gritaba incesantemente, en medio de un mar de lágrimas, y pidiendo perdón por todo, pero en la mirada del Krampus se podía ver, qué era demasiado tarde.

Ya había terminado con la primera parte de un tortuoso y macabro final. Pero necesita algo más para completar el acto de redención. Así que tomó una de las piernas de Klauz y clavó su garra con vehemencia; fue tanta, que extrajo de un solo tirón uno de los huesos, el cual le sirvió para armar el esqueleto del conejo.

Solo le faltaba ponerle los ojos y los dientes, para así darle luego vida a un ser que pereció ante las infames acciones de un ser tan macabro.

Klauz vio cómo esas garras filosas se acercaban de manera progresiva hasta sus ojos, los cuales fueron extraídos al igual que sus dientes; el dolor ponderaba un final muy cercano, pero el Krampus no permitió que esa vida se fuera por los caminos sempiternos del orgullo y de fervorosos recuerdos. El final para esa alma, debía ser otro.

Ahora el conejo, por fin, estaba completo. Y al lado: un despojo de carne impregnada en sangre, pus, mierda y una efímera vida, que se retorcía de dolor. Convulsionaba violentamente, haciendo que retazos de su cuerpo roído cayeran al suelo. Pero el Krampus tenía planes para su vida y el dolor después de la muerte.

Su vida fue tomada para regresar de la muerte a la antigua mascota de su hermana Jazzmin. Y el dolor después de la muerte, sumió a Klauz a vivir en un infierno constante de agonía. Con su muerte pagó una parte del daño hecho en su corta existencia. Pero el pago más relevante, lo hizo al enmendar con sus órganos y su esencia vital, el daño más grave ocasionado el día en que le arrebató a su hermana a su gran amigo peludo: Pome, el conejo.

Cuento: "El Krampus"

Julián Andrés Delgado

Nacido en Cali-Colombia. 40 años Escribe desde hace unos quince años y se enfoca en el terror. Ha sido publicado en dos antologías de editorial ITA y en diversas revistas a nivel latinoamericano.

El que siempre estuvo

Daniel Leuzzi

El sol se diluía en un gris plomizo sobre el Bajo Flores, devorando los últimos vestigios de una tarde de viernes. Martina aceleraba el paso por las veredas rotas, el bolso cruzado al pecho, cada farol parpadeante era una pequeña victoria en la oscuridad que avanzaba. Hacía poco que se había mudado a ese lugar, pero no lograba sentirse cómoda. El aire, denso y cargado con el olor a humedad, fritura barata y algo más... algo ancestral, le erizaba la piel. Siempre le había parecido que el barrio tenía su propio pulso, un latido subterráneo que no figuraba en ningún mapa.

Desde hacía semanas, una serie de desapariciones mantenía a los vecinos en vilo. No eran robos, ni riñas de bandas. La gente simplemente se desvanecía. Nadie rompía ventanas, nadie forzaba cerraduras. Era como si la tierra misma abriera la boca y los tragara. La policía, perpleja, hablaba de huidas voluntarias, de problemas familiares. Pero Martina, sabía que esa no era la verdad. La leyenda era la culpable... eso de lo que siempre se hablaba en voz baja. Eso que decían había vuelto al barrio...

Martina se volcó a la web, buscando cualquier referencia a lo que ocurría. Apenas encontró un par de entradas borrosas en foros olvidados. Hablaban de un viejo ente bajo el cemento, un ser que reclamaba tributo cuando el barrio crecía demasiado rápido o caía en el olvido. Decían que el verdadero cimiento de la ciudad no era la piedra, sino la servidumbre de aquellos que lo alimentaban en la oscuridad. No tenía sentido lógico, pero esos fragmentos, más que tranquilizarla, encarjaron con el pulso enfermo que sentía bajo sus pies.

Una noche, mientras doblaba por una callejuela angosta flanqueada por tapias descascaradas y grafitis ilegibles, escuchó un canto. Era apenas un susurro, arrastrado por el viento, pero lo suficientemente claro como para detenerla en seco. No era cumbia, ni tango, ni el Reggaeton que solía sonar a esas horas. Era algo gutural, monótono, hipnótico. Provenía del baldío al final de la cuadra, un lugar que todos evitaban. Un cráter en el cemento, poblado de escombros y leyendas.

Martina, a pesar del nudo en el estómago, sintió una fuerza invisible que la empujaba. La curiosidad, una mordaza fría y persistente, le dominaba la razón. Cruzó el umbral del baldío, sorteando hierros oxidados y ladrillos rotos. La luna, una luz pálida en el cielo cerrado, apenas ofrecía luz. Pero distinguió las figuras.

Eran cinco, dispuestas en un círculo irregular alrededor de lo que parecía ser un pozo recién cavado. Llevaban ropas oscuras y desarrapadas, como indigentes, pero su postura, la quietud escalofriante de sus movimientos, desmentía esa imagen. Uno de ellos, un hombre con una barba ca-

nosa y una mirada ausente sostenía algo en sus manos: una pequeña muñeca de trapo, deshilachada y sucia, con ojos de botones que parecían seguirla.

El canto se intensificó. Era una sucesión de sonidos, palabras en una lengua muerta que Martina nunca había escuchado, pero cuyo significado se le anclaba en la carne. Hablaban de ofrendas, de despertar lo que duerme bajo el asfalto. Hablaban de El Que siempre estuvo.

El hombre de la barba canosa alzó la muñeca y, con un movimiento lento y deliberado, la arrojó al pozo. Un chasquido húmedo resonó en el silencio, seguido por un gorgoteo. Martina sintió un escalofrío que le heló la sangre. El pozo, pensó, no era un simple agujero. Era una boca. Una boca hambrienta. La boca de la leyenda.

De repente, una silueta se recortó contra el tenue resplandor del cielo. Era el vecino del segundo piso, Don Ramón, desaparecido hacía tres días. Estaba de pie, inmóvil, con la mirada perdida, su piel pálida bajo la luz mortecina. Los cinco lo observaban, sus rostros impasibles.

El hombre de la barba canosa extendió una mano hacia Don Ramón. Sus dedos, largos y nudosos, parecían absorber la poca vitalidad que le quedaba al anciano. Don Ramón se encogió, sus extremidades temblaron, se acercó al pozo, y luego, lentamente, comenzó a hundirse en la tierra. No había gritos, solo un susurro ahogado, como el de una burbuja de aire escapando del lodo. Algo se lo llevaba con oscuros propósitos...

Martina se tapó la boca con las manos, el terror paralizándola. Estaba presenciando un ritual. Un ritual antiguo, olvidado por la modernidad, pero que seguía vivo en los pliegues de la ciudad. El pavimento, los cimientos de los edificios, no eran un refugio. Eran una piel delgada sobre algo mucho más antiguo, mucho más oscuro.

Cuando Don Ramón desapareció por completo, los cinco entonaron una última sílaba, un sonido que vibró en el aire como una campana agrietada. Luego, como sombras que se desvanecen con la luz, se dispersaron entre los escombros del baldío, dejándola sola con el pozo abierto, la tierra revuelta y el eco del canto resonando en su mente.

Martina corrió. Corrió sin mirar atrás, el corazón latiéndole como un tambor frenético. No sabía a dónde iba, solo que tenía que escapar de esa callejuela, de ese baldío, de esa parte ínfima de la ciudad que de repente, se le antojaba un monstruo de piedra con entrañas milenarias.

Al llegar a su casa, se encerró con llave, el cuerpo tembloroso. Desde su ventana, observó el barrio, las luces parpadeantes, las siluetas que se movían por las calles. Y por primera vez, no vio solo edificios y personas. Vio sombras acechando, muñecas colgadas en columnas de iluminación, en árboles. Escuchó el susurro del viento llevando antiguas plegarias, sintió la vibración de una presencia ancestral bajo sus pies.

No era su cabeza, pensó, sino una realidad palpable. Con una certeza helada, supo que El Que siempre estuvo aguardaba allí, tejiendo su red en el corazón de la urbe.

Algo le dijo que tal vez, en un futuro cercano, el pozo no abriría la boca para un vecino cualquiera. La abriría para ella, y se convertiría, finalmente, en parte de esa leyenda...

Cuento: “El que siempre estuvo”

Daniel Leuzzi

Técnico por formación, escritor por afición, apasionado lector y fanático del cine, realizó diversos cursos de literatura, guión de TV y de crítica. Este año ha publicado: Los escritos perdidos de un sea monkey (Petricor ediciones) y Voces de Halloween (Dinastía). Ganador del premio de poesía APSEE (2018), sus cuentos y poemas integraron antologías literarias de Argentina y de Sudamérica.

Cuatro veteranas en busca de un hombre

Betty Chiz

Con sus zapatos en punta y los paraguas horizontales, las señoras corrían por la Plaza Independencia intentando que el viento no las alcanzara gritándoles ¡brujas! ¡brujas! Sus mejillas se habían teñido de un bello carmín natural, producto del exceso de vino blanco consumido apenas una hora antes, regado por una cazuela de mariscos al que el chef le había agregado seguramente algún condimento afrodisíaco. Cruzaron la plaza como una exhalación restando importancia a viejos pergaminos medievales que volaban por los aires, los que seguramente algún investigador había extraviado y que casualmente contenía las sentencias condenatorias para algunas mujeres a ser quemadas en la hoguera.

Casi volaban, cuando chocaron de frente contra un hombre. Alto, proporcionado, de buena musculatura, treintón. Las cuatro pensaron lo mismo. Sin embargo, ninguna se animó a formular comentarios, dadas las circunstancias. Ni un grito, ni un suspiro. Las cuatro viraron sus pasos y comenzaron a seguirlo como si fueran su sombra cuadruplicada por las luces de sodio que iluminaban al Prócer de bronce.

El Radisson, cinco estrellas, arrojaba una a otra, oleadas de turistas que denotaban su agotamiento por las exigencias de las excursiones sin solución de continuidad, que ya venían programadas desde su país de origen.

El hombre —seguido por las cuatro veteranas— caminó hacia la peatonal Sarandí, se introdujo en un hotelucho y las esperó en el lobby, con un par de cuernos en ambos parietales y un corto tridente horizontal muy cerca de sus genitales.

Betty Chiz.

25.4.07

Cuento: : "**Cuatro veteranas en busca de un hombre**"

Betty Chiz

Nació en Montevideo, jubilada, escribe poesía, narrativa. Además es periodista y fotógrafa. Recibió varios premios y menciones en concursos de fotografía y poesía. Ha expuesto con otros artistas plásticos. Coordinadora de "Espacio Mixtura" Publica narrativa en antologías con el sello aBrace, en Uruguay. En México narrativa en la antología "Los mil y un insomnios", y en diarios y revistas. Publica poesía con el sello aBrace y en antologías con el sello Apostrophe de Chile. Ponencias en los Encuentros del Movimiento aBrace. Lecturas en Chile, Cuba, Uruguay.

Desaparición

Julio Perera López

—Oficial, yo necesito que se tranquilice y me escuche. Por favor. Le repito que no sé lo que pasó. Nosotros veníamos tranquilos, conversando sobre la familia, lo que había pasado en el cumpleaños, la nueva novia de mi hermano, esas cosas. Siempre agarramos por la rambla, no porque sea más corto sino por costumbre nomás, porque me gusta manejar por la rambla. Cuando pasamos el puente del Arroyo Carrasco, el que está sobre la rambla mismo, la vimos. Fue a esa altura, frente a la Escuela Naval.

La oficial de policía volvió a acomodarse su enorme moño debajo de la gorra, y sin levantar la vista de su libreta, conminó:

—Continúe.

—Bueno. Eso, que ahí la vimos. Los dos al mismo tiempo. Una mujer vestida de blanco, descalza, cabello largo. Parecía perdida, como que caminaba sin rumbo. No sé. La cuestión es que mi mujer no tuvo mejor idea que preguntarle si precisaba algo, si estaba bien. Ahí fue que le ofreció subirse a la caja y que la arrimábamos.

—Siga, caballero.

—Nada, eso. Por eso terminamos acá. Yo paré la camioneta ahí donde la ve, al lado del lago. Aproveché la oscuridad para orinar atrás de un árbol mientras ellas conversaban, y cuando volví ya no estaban. Las busqué un rato, la llamé a mi mujer, volví a la camioneta, y nada. Obviamente cuando ya estaba por darme un ataque decidí llamar a la policía y ahí fue donde apareció usted, justito. Cosa que agradezco, aprovecho a decirle. Este parque oscuro, de noche, debe ser bastante inseguro. Me alegra que la policía tenga personal que ronde. Uno se siente más seguro. Pero bueno, oficial, ya le digo que no tengo idea de dónde se metió. Y, con todo respeto, usted tendría que estar ayudándome a buscarla y no interrogándome.

—Por favor, caballero. Guarde silencio y haga lo que le digo. Suba a su camioneta, vaya a su domicilio y espere que yo personalmente me voy a encargar de todo. Tenga la certeza de que conozco el parque como la palma de mi mano. Lo he caminado para arriba y para abajo, de norte a sur y de este a oeste, todas las noches desde que tengo uso de razón. A veces extiendo un poco más mis rondas, incluso, cuando es necesario. Vaya tranquilo.

La oficial guardó su libreta y su birome en el bolsillo superior izquierdo de la camisa, dando por terminada la conversación. Se volvió a acomodar el pelo bajo la gorra, una vez más. Su mirada penetrante, sin brillo, no dejaba adivinar ninguna intención ni pensamiento.

Pero era disuasiva, sin dudas.

Estaba desesperado, había buscado a su esposa por horas en ese parque oscuro, y ahora le decían que tenía que irse a esperar.

Pero la mirada de la policía no dejaba espacio para discutir. Hasta miedo le había dado.

Así que el hombre no tuvo más remedio, cansado y resignado como estaba, que obedecer.

Caminó despacio, pensando en que en toda la conversación la mujer de policía sólo había levantado la vista una vez. Una mirada que le pareció hueca, sin vida, pensó.

Siguió pensando eso mientras encendía el motor, se ajustaba el cinturón, y prendía las luces.

Enfiló por el camino de salida, y miró por costumbre por el espejo retrovisor. Alcanzó a ver cómo la oficial de policía se soltaba finalmente el pelo, que le pareció larguísimo.

Le pareció ver que se sacaba la chaqueta del uniforme también, y que estaba vestida de blanco por abajo. Pero dudó. Estaba muy lejos ya, y las sombras del Parque Rivera se encargaron de ocultarle la verdad.

Cuento: “Desaparición”

Julio Perera López

Nació en Lascano-Uruguay, 1967. Interesado desde joven en educación, salud y literatura, ha sido un lector incansable y autor autodidacta. Escribió cuatro libros: Soledades (1985), SIC (2014), Dios existe y otros cuentos (2022), y Un tesoro silencioso (2025). Participó de un libro colectivo: Cartas para cuando ya sea demasiado tarde (2025). Colabora con la revista Sonámbulo, la Editorial Orsai y la revista Writer Avenue. Su obra refleja una mirada introspectiva que combina reflexión, emoción y experiencia personal en una constante búsqueda de sentido y profundidad.

La Casa de los deseos

Carlos Enrique Saldívar

Hay una extraña y asombrosa leyenda sobre una casa ubicada en Lima Sur, con mayor exactitud: en el distrito de San Juan de Miraflores. Se ha dicho que esta vivienda, con tales características, quizás no sea la única en el mundo. Por eso mucho cuidado con toparse con la fabulosa Casa de los deseos.

Hace muchos años, más o menos en el año en que yo nací, un hombre de mi edad actual pudo adquirir la residencia de un solo piso a un módico precio. La advertencia única del vendedor fue que nunca pidiera comida a la morada. El hombre pasó a habitar aquel domicilio y decidió probar los magnos poderes de la maravillosa estancia. Deseó un millón de dólares, y aparecieron. Deseó un montón de libros y cómics, y surgieron. Deseó que emergieran de las entrañas de su recámara tres bellas mujeres, y eso ocurrió. Fue cuidadoso, cada noche estaba con ellas, y las desaparecía, no fuera a ser que tomaran conciencia de su no existencia y se rebelaran.

Pidió otras gracias, como un ordenador, un equipo de sonido, un televisor último modelo, muebles, casi de todo. Para su mala fortuna, se dio cuenta de que, al intentar sacar el dinero de la casa, este se volvía polvo, el mismo que se arrebuja en los rincones de aquel entorno cerrado. No lograba sacar nada afuera de la vivienda.

Una noche, se olvidó de comprar comida para su cena y se le ocurrió desear los más sabrosos manjares: grasa de pato, caviar, sopa de víbora, sesos de mono, ancas de rana. Se acostumbró a alimentarse con lo que la casa le proveía. Una tarde se le ocurrió mandar cartas, mediante un par de intermediarios, para hacer allí una fiesta inolvidable, y así invitó a todos sus mejores amigos y los amigos de estos, quienes quedaron encantados con tantas cosas lindas: comieron y bebieron hasta el amanecer. Cuando el hombre quedó solo con una bonita chica, ella se fue temprano porque debía trabajar. Él, convencido de que ella era la mujer de su vida, la siguió afuera de la morada y, al dar unos cuantos pasos afuera, se debilitó, se arrugó y quedó tendido en el suelo, tendido en el suelo, cadáver, ante los impactados ojos de la muchacha.

Las investigaciones determinaron que había fallecido de inanición. Todo lo que se comió en su hogar dejó de existir en cuanto salió de allí. Jamás lo asimiló su cuerpo, solo podía mantenerse vivo adentro del lugar.

Cerraron la casa con candado y se prohibió la entrada a cualquier persona, asimismo, se bloqueó todo intento de venta... hasta ahora. Cuarenta y tres años después he conseguido dar con el domicilio. Lo compré a la municipalidad y ahora resido aquí. Pero tranquilos, seré cuidadoso.

No cometeré errores básicos. Cada noche deseo que aparezca una persona frente a mí, con el rostro de un familiar, al cual torturo hasta la muerte y qué bien me la paso, como un niño que ve hechos realidad sus sueños más intensos. Por supuesto, los deseo sin cuerdas vocales para que los gritos no alerten a los escasos vecinos que rodean mi cubil, aunque dos veces se presentó un policía, no obstante, al entrar aquí, no halló nada raro.

Cuento: "La casa de los deseos"

Carlos Enrique Saldívar

Nació en Lima, Perú, 1982. Es codirector de la revista Babelicus. Ha publicado los libros de cuentos Historias de ciencia ficción (2008, 2018), Horizontes de fantasía (2010), El otro engendro y algunos cuentos oscuros (2019) y El viaje positrónico (en colaboración, 2022).

**SONÁMBULO REVISTA VIRTUAL DE
CUENTOS EN HABLA HISPANA**

PRÓXIMO NÚMERO

FEBRERO 2026

